

provocativo; y este lenguaje encontró en el auditorio numerosas y ardientes aprobaciones.

Pero las Asambleas, por más que afecten desdeñar las habladurías del público, acaban siempre por prestarles oído. A pesar de la buena acogida hecha al dictamen de Grévy, los representantes se acostumbraban poco á poco á la idea de una próxima separación. A la proposición Rateau siguieron otras análogas. Una de ellas iba firmada por Pagnerre, Bixio y Barthélemy-Saint-Hilaire, diputados notoriamente adictos á la opinión republicana. Lo que se reprochaba á Rateau era sobre todo el señalar un término fijo al mandato de la representación nacional, conminándola con una especie de intimación poco compatible con su dignidad. Pero muchos representantes, hasta de los más rebeldes, no distaban mucho de aceptar una transacción que no hiriese las delicadezas parlamentarias. En esas condiciones, más favorables, abrióse el debate público.

Estuvo reservado á Montalembert el disipar todos los equívocos. En un lenguaje ingenioso, sensato y á menudo agresivo, sentó la necesidad de una disolución próxima: «Nos encontramos aquí, dijo, en presencia de tres fracciones; la primera es una minoría que á toda costa quiere marcharse (*interrupción en la extrema izquierda*) porque está segura de volver. (*Risas.*)

»Otra fracción, igualmente en minoría, por ningún concepto quiere marcharse, porque está casi segura de no volver. (*Risas.*)

»Entre estas dos fracciones hay otra que no tiene opinión preconcebida sobre este punto, que no constituye la mayoría, pero que la formará, que desea ser persuadida, que no quiere pronunciarse, en fin, sin pleno conocimiento de causa... A esta tercera fracción me dirijo hoy.

»... Toda la cuestión está aquí: desde el 10 de diciembre se viene manifestando una nueva corriente de opiniones. ¿Estáis completamente de acuerdo con esa nueva corriente? No lo creo. (*Rumores y negativas.*)

»... Después del 24 de febrero, el país ha tenido fiebre... (*¡Oh!, ¡oh!*) Sí, y como todos los calenturientos, se ha revolcado en el lecho... (*Exclamaciones.*) Ha recorrido sucesivamente una serie de remedios y ha llegado á considerar hoy como otro remedio una nueva Asamblea.

»¿Tiene ó no razón? Lo ignoro; lo que sé es que el enfermo es quien manda en sus médicos y elige sus remedios. (*Movimiento.*) No se trata de saber si ese deseo es en él una injusticia; si el enfermo es justo ó ingrato. Es omnipotente, tal como le habéis creado (*rumores en la izquierda*); vosotros habéis proclamado y sancionado su omnipotencia; ya no tenéis derecho á contestarla. (*Rumores en la izquierda.*)

»Diréis que no es su voluntad, que es su capricho. Pero ¿á quién le es dado distinguir entre el capricho y la voluntad del pueblo soberano?.. Sí, señores, habéis desencadenado al gigante y le habéis armado con el sufragio universal. Pues bien, ¡yo creo que os dice por medio de órganos muy lícitos, por medio de los consejos electivos, por medio de peticiones y manifestaciones de toda clase, que desea un cambio: aún os lo dice con medias palabras; no le obliguéis á decíroslo más claro!»

Como para atenuar este exceso de franqueza, Montalembert terminó diciendo:

«¿Sabéis qué día fué el más glorioso en la vida del general Cavaignac?.. El día en que, después de haber desempeñado fielmente el mandato que le habíais confiado, lo depositó leal y noblemente en esta tribuna, en medio de los aplausos, no sólo de sus amigos, sino que también de todos sus adversarios... Pues bien: añadid igualmente vosotros á todos vuestros servicios el más grande y más señalado de todos, y sabed conquistar la gloria más preciosa que quizá sea dado poseer en la tierra, la de saber abdicar á tiempo.»

Después de este discurso, el ministerio hubiera podido dispensarse de intervenir. Sin embargo, Odilón Barrot creyó que su dignidad no le permitía guardar silencio. En breves palabras muy mesuradas, y sin embargo interrumpidas por los clamores de la *Montaña*, solicitó respetuosamente á la Asamblea que señalase un término á sus trabajos.

Procedióse luego á la votación. Reinaba la mayor incertidumbre sobre el resultado. 400 votos contra 396 se pronunciaron contra las conclusiones de Grévy. Esta mayoría era muy débil: cierto es que el voto no afectaba á la adopción, sino á la toma en consideración del proyecto. Sin embargo, este resultado, con ser tan mínimo, era garantía casi segura de un éxito más completo; porque era indudable que, bajo la presión exterior, las disposiciones de la representación nacional iban á afirmarse cada vez más. El gobierno podía vislumbrar el día en que se iba á encontrar en presencia de un nuevo Parlamento, más dúctil y más conforme con sus miras. Era para él una gran ventaja; y lo era también para la propia Asamblea, la cual, perpetuándose, se exponía á perder su prestigio sin añadir nada á sus servicios.

### III

La hostilidad que el poder encontraba en el Palacio Borbón, la encontraba igualmente, pero bajo una forma más áspera y apasionada, en el seno del partido demagógico.

Este partido, muy abatido después de la insurrección de Junio, había poco á poco recobrado ánimos. En el mes de noviembre se había constituido, con el título de *Solidaridad republicana*, una vasta asociación cuyo objeto inmediato consistía en sostener la candidatura presidencial de Ledru-Rollín, y cuyo fin general era la defensa de la república social. Derrotado el candidato, la sociedad, en vez de disolverse, procuró organizarse con más fuerza. Creóse un comité central, compuesto de setenta y cuatro miembros, bajo la presidencia de Martín Bernard; tenía por secretario general á Delescluze, y contaba en su seno á los representantes más activos de la *Montaña*, tales como Ledru-Rollín, Gambón, Deville y Félix Pyat. Esta junta central instituyó comités provinciales, quienes á su vez se pusieron en relación con comités de distrito y éstos con comités municipales, de modo que la asociación se extendió como una vasta red por toda Francia. Establecióse una cuota anual para subvenir á los gastos de propaganda. Estos esfuerzos no resultaron infructuosos. En el mes de enero funcionaban ochenta y ocho comités. La asociación no disimulaba sus miras; se había creado para la lucha: «La batalla puede presentarse mañana, escribía Delescluze el 26 de diciembre á uno de sus corresponsales de Lot-

et-Garonne; la *Solidaridad* debe organizar desde ahora el gobierno revolucionario.» Y lo que había de ser el gobierno revolucionario, el ex comisario de la República en el departamento del Norte lo explicaba sin rodeos: «Promulgaremos, decía, la Declaración de los de-

dad en el partido. Afirmó en varias ocasiones «que no había que desconfiar de Ledru, pues si bien éste no era hombre de detalles, se hallaba á la altura de las circunstancias; que se le podía tomar por jefe, y que era revolucionario tan resuelto como nadie.» La elección



El príncipe Jerónimo Napoleón

rechos y la Constitución de 1793 ligeramente modificada. Interinamente tendremos una dictadura revolucionaria, resumida en un Comité de salud pública y apoyada en un consejo consultivo, compuesto de un delegado por cada departamento. Las listas de la *Solidaridad* completarán la organización política, y diez decretos bastarán para dar á la Revolución toda la fuerza que necesite.» Hasta entonces, los republicanos de la escuela socialista á la manera de Pedro Leroux ó de Luis Blanc habían mirado con alguna prevención á los republicanos de la escuela jacobina agrupados en torno de Ledru-Rollín. Delescluze procuró restablecer la uni-

de Luis Bonaparte no parecía un obstáculo á los fines que se proponían; aquella elección tenía, al decir de ellos, la doble ventaja de separar á Cavaignac de la escena política y de reemplazarlo con un personaje cuya popularidad consideraban poco duradera. Así lo escribió, á últimos de diciembre, el presidente de la *Solidaridad*, Martín Bernard, añadiendo alusivamente al ministerio Barrot: «Si hemos retrocedido al 22 de febrero, es para volver á un 24 de febrero más completo (1).»

(1) Alto tribunal de Versalles: proceso de los acusados del 13 de junio de 1849; acta de acusación y documentos incautados. (*Gazette des Tribunaux*, 14 de octubre de 1849.)



La *Solidaridad republicana* no era la única fuerza activa del partido demagógico. Los clubs, escapando á las trabas que les ponía el decreto de 28 de julio, habían vuelto á sus antiguas violencias. Casi todas las noches, el *Club Roisin*, el *Club de la Reina Blanca*, el *Salón de Marte* y el *Club Valentino* eran teatro de declamaciones socialistas ó comunistas; y si bien la afluencia era mucho menor que tiempos atrás, las disposiciones no eran menos alarmantes. Además, los informes de la policía señalaban alguna agitación en el barrio de las Escuelas: en el Colegio de Francia, el curso del profesor Lerminier había ocasionado lamentables manifestaciones. Añádase á esto que numerosos agitadores se introducían en los cuarteles haciendo circular periódicos y poniendo á los soldados en guardia contra sus jefes. Las tropas regulares no hacían gran caso de aquellas excitaciones, pero la guardia móvil las atendía: en contacto con el paisanaje y en la monotonía algo ociosa de la vida de guarnición, el espíritu de esta tropa bisona tendía á pervertirse: el impulso del ejemplo, más bien que la disciplina ó el deber, le había hecho combatir en junio por la causa del orden; y era de temer que, al cabo de seis meses, un impulso contrario le precipitase en la facción opuesta.

El ministro del Interior, León Faucher, no era hombre que ocultase el peligro: de buena gana lo hubiera abultado á fin de proporcionarse el deseo de combatir: buscaba la responsabilidad de la misma manera que otros la evitan, y la acrimonia de su humor sólo podía compararse con su intrepidez. Enterado de los manejos de la *Solidaridad republicana*, envió el 10 de enero una circular á los prefectos encargándoles que vigilasen y persiguiesen á esta asociación, bien como sociedad secreta, ó bien por contravención á la ley que prohibía las afiliaciones entre clubs (1). Tan pronto como tuvo conocimiento del espíritu dudoso de la guardia móvil, no vaciló en tomar las medidas que la situación reclamaba. La ocasión era favorable: aquellos batallones habían sido creados, el 25 de enero de 1848, por sólo un año, y el año iba á expirar: la presencia de una fuerte guarnición en París no justificaba ya la existencia de cuerpos excepcionales; además, las necesidades financieras no permitían conservar una tropa que, á causa de sus sueldos elevados y otras ventajas, era una pesada carga para el Tesoro. Fundándose en todas estas consideraciones, León Faucher promulgó, el 24 de enero, un decreto que, sin licenciar todavía la guardia móvil, reducía los batallones de veinticinco á doce: los oficiales y sargentos no comprendidos en la nueva organización se quedaban de paisanos si estaban libres de toda obligación militar; en caso contrario, tenían que incorporarse al regimiento de que habían formado parte, con el mismo grado que antes: á unos y otros se les abonaba la paga de un mes como gratificación; los doce batallones conservados podían prestar servicio, no sólo en París, sino en cualquier otro punto del territorio francés ó de Argelia. Al mismo tiempo, el general Changarnier pasó revista á los regimientos y visitó los cuarteles á fin de desbaratar ó combatir la propaganda hecha en el ejército regular. No satisfecho con estos actos de vigilancia, el ministerio ordenó las precauciones nece-

(1) Véase el *Monitor* de 1849, pág. 273.

sarias para evitar todo desorden en el barrio de las Escuelas y en los cursos del Colegio de Francia. Por último, á estas medidas León Faucher añadió otra más radical: deseo de poner un término definitivo á las provocaciones lanzadas diariamente desde las reuniones públicas, subió el 26 de enero á la tribuna y leyó un proyecto de decreto sobre los clubs: el primer artículo decía simplemente: *Los clubs quedan prohibidos*.

Lejos de intimidarse en presencia de esta energía, el partido demagógico resolvió tomar pronto la ofensiva. Los periódicos renovaron sus acusaciones agravándolas. Más violento que de costumbre, Proudhón, en su periódico *El Pueblo*, sin ninguna de las distinciones que hasta entonces había hecho la izquierda parlamentaria, envolvía en la misma censura al presidente y á sus ministros, pidiendo la destitución de Luis Bonaparte (2). Lo que imprimía más osadía á los ataques era que se contaba con la adhesión de una parte de la Asamblea.

En efecto, los representantes, al votar la toma en consideración de la proposición Rateau, habían cedido más bien á la presión exterior que á la influencia del gobierno. Cuando León Faucher presentó su nuevo proyecto de decreto, la hostilidad, contenida desde hacía algunos días, se manifestó por completo. La *Montaña* mostró una gran indignación: parte de la izquierda, molestada por la actitud del ministro y viendo en la clausura inmediata de los clubs desmentidas las solemnes promesas de 24 de febrero, se asoció, aun de una manera menos ruidosa, á aquellas manifestaciones de disgusto. El gabinete había pedido la urgencia. Sénard fué nombrado ponente... La elección era hábil, porque recaía en un representante del partido moderado y porque Sénard, como ministro del Interior, había presentado el decreto de 28 de julio que reglamentaba los clubs. Como era natural, Sénard estaba menos dispuesto que nadie á considerar su obra como insuficiente y á solicitar su reforma. Los hechos justificaron aquella previsión. El día siguiente, 27 de enero, Sénard leyó su dictamen. Este trabajo, muy mesurado en sus términos, no trataba la cuestión de principios, ni apelaba á las pasiones, ni establecía que la Constitución era violada: se limitaba á observar que la legislación vigente no se hallaba falta de eficacia; que los clubs no habían crecido en audacia, sino que, por el contrario, habían disminuído en importancia; que su nombre había bajado de treinta y siete á once; que, en todo caso, si el decreto de 28 de julio ya no respondía á las exigencias de la seguridad pública, el peligro no era tan grande que hubiese necesidad de renunciar á las fórmulas ordinarias de las deliberaciones: finalmente, Sénard proponía que fuese desechada la cuestión de urgencia. Estas conclusiones fueron aprobadas por 418 votos contra 342. La izquierda saludó con entusiastas aplausos la proclamación del escrutinio. Queriendo hacer constar la victoria, Ledru-Rollín subió á la tribuna y presentó una petición para que se procesara al ministerio.

Viendo que tenían un punto de apoyo en la Asamblea, los facciosos no vacilaron más. La *Revolución democrática y social*, *El Pueblo*, *La Reforma*, *El trabajo libre*, en una palabra, todos los periódicos de la Montaña clamaron que la Constitución era violada. Mientras

(2) *Le Peuple*, números del 26 y del 27 de enero de 1849.

era desechada la cuestión de urgencia sobre la ley de los clubs, numerosas columnas de estudiantes procedentes del Colegio de Francia se dirigían hacia el Palacio Borbón para presentar una petición contra la reapertura del curso del Sr. Lerminier: algunos representantes les salieron al encuentro y lograron persuadirlos de que renunciaran á su proyecto: el grupo se dirigió entonces hacia la calle de Beaune para depositar en la redacción de la *Democracia pacífica* una copia de la protesta, y hubo una refriega bastante grave entre los manifestantes y la policía. Al mismo tiempo aparecieron en las calles de París muchos antiguos combatientes de Junio, recién indultados y llegados de Brest ó del Havre. Pero el partido del desorden fundaba sus mejores esperanzas en la guardia móvil.

Los soldados habían aceptado desde luego sin gran protesta el decreto del ministro del Interior; pero no había sucedido lo mismo con los oficiales y sargentos que se habían acostumbrado á su posición, esperando que sería definitiva. Los que pasaban á la situación de paisanos sentían trocar la indolencia de la vida militar por las penalidades y cuidados del trabajo diario; á los que habían de incorporarse á sus regimientos, les mortificaba volver con el grado de antes. Los agitadores, sacando partido de aquellas disposiciones de ánimo, lograron sublevar contra el decreto ministerial á la oficialidad entera. El comandante Aladenize, jefe del sexto batallón, acompañado de varios oficiales, había protestado cerca del general Changarnier contra el decreto de 24 de enero, y á causa de sus recriminaciones violentas había sido arrestado y conducido á la Abadía. El domingo 28 de enero, por la tarde, bajo el imperio de una excitación cada vez más viva, unos 150 guardias móviles fueron al Elíseo á pedir una audiencia al presidente: no habiendo podido ver al príncipe, dirigieron se hacia el Estado mayor y trataron de forzar la reja de l'Echelle: de vuelta al cuartel, situado en la calle de Santo Tomás del Louvre, algunos de los más revoltosos propusieron apoderarse de la bandera del batallón é ir á abrir la cárcel de la Abadía. Este proyecto fué desechado; pero, al anochecer, varios guardias se hicieron aclamar en una reunión demagógica, y entregaron sus cartuchos, diciendo que estaban dispuestos á lanzarse á la calle. Súpose, por último, que el batallón acuartelado en el fuerte de la Briche acababa de declararse en abierta rebelión contra la disciplina.

En presencia de tales sucesos, el gobierno consideró que era ya hora de obrar. ¿Había un motín preparado ó un peligro inminente? Nada autorizaba á afirmarlo. Pero reinaban disposiciones hostiles que podían, de un momento á otro, traducirse en un levantamiento. ¿Había que esperar que la insurrección estuviese armada? ¿Que la guardia móvil se hubiese extraviado del todo? ¿Que una represión sangrienta fuese necesaria? El príncipe y sus consejeros no lo creyeron así, sino que resolvieron intimidar á la demagogia á fin de no tener que vencerla.

Durante la noche del 28 al 29 de enero tomaron todas las medidas que se creyeron oportunas. Desde luego, para desmentir los rumores de desavenencia que la izquierda no cesaba de propalar, enviósse una nota al *Monitor* afirmando «que el gabinete podía contar con el apoyo firme y perseverante del presidente de la Re-

pública.» Luego se enviaron órdenes á los cuarteles para que las tropas se pusiesen sobre las armas; y entonces la guarnición de París era muy numerosa. La ejecución de estas órdenes fué confiada al general Changarnier, y nadie había más activo ni más previsor que él. Desde el amanecer, la explanada de los Inválidos, el muelle de Orsay, la plaza de Borgoña, en una palabra, todas las inmediaciones de la Asamblea empezaron á cubrirse de soldados. Además, varios regimientos tomaron posición en los Campos Elíseos ó en la plaza de la Concordia, escalonándose hasta la Magdalena. Dos batallones guardaban el palacio del Elíseo. Varios destacamentos de la guardia nacional procedentes de las legiones más fieles ocuparon el jardín de las Tullerías y la entrada de la calle del Bac. Todas las tropas regulares, infantería, caballería y artillería, iban en traje de campaña como en día de combate. Al mismo tiempo, la prefectura de policía extendió órdenes contra los agitadores de las reuniones democráticas. Una orden del día recordó á la guardia móvil el respeto á la disciplina. Por último, una proclama del ministro del Interior aconsejó la calma á los habitantes de París.

Aquel imponente aparato de fuerzas desconcertó á los perturbadores. Por la mañana, algún gentío, dividido en pelotones y observando cierta disciplina, se juntó en los bulevares; pero al llegar á la altura de la Magdalena tropezó contra la masa de tropas y se dispersó sin resistencia. Más tarde operáronse veinticinco prisiones en el local de la *Solidaridad republicana*. En algunos barrios del centro aquel despliegue de tropas había hecho correr la voz de un golpe de Estado, provocando murmullos. En la sexta alcaldía, el coronel Forestier, que mandaba la legión del distrito, hizo ofrecer ostensiblemente su concurso á la Asamblea como si estuviese amenazada, proponiendo abrirle un asilo y un sitio de reunión en el Conservatorio de Artes y Oficios, y propagando los falsos rumores en vez de desmentirlos: el gobierno, resuelto á no retroceder ante ninguna responsabilidad, hizo arrestar al coronel: la instrucción judicial probó más tarde que sólo era culpable de exceso de celo y credulidad; pero en aquel momento importaba sobre todo que la sedición no encontrase jefes. Por la tarde, el presidente de la República, saliendo del Elíseo, pasó por delante de las tropas y de la guardia nacional, que le saludaron con los gritos de «¡viva Napoleón!» mezclados con los de «¡viva la República!» Por la noche, los fuertes ocupados hasta entonces por la guardia móvil fueron confiados otra vez á la tropa regular, y aquel acto de energía completó la obra empezada por la mañana.

El orden quedó consolidado, y lo estuvo antes de que los agitadores hubiesen tenido tiempo de trastornar al gobierno; es más: el orden parecía tan asegurado, que el poder, libre de inquietudes, sólo cuidó de moderar sus éxitos, calmar el ardor de sus amigos y sobre todo las susceptibilidades de la representación nacional.

No sin sorpresa había visto el presidente de la Asamblea, Sr. Marrast, que vivía en el Palacio Borbón, el edificio rodeado de tropas; durante la noche se le había notificado aquel despliegue de fuerzas; pero su servidumbre no había querido interrumpir su sueño. Lleno de emoción, no sabiendo si aquel aparato militar tenía por objeto la defensa de la Asamblea ó si iba contra



ella, indeciso entre una revolución ó un golpe de Estado, temiendo tanto esta última eventualidad como la primera, Marrast convocó á la mesa para tomar una resolución. Cerca de las diez, uno de los vicepresidentes, el Sr. Goudchaux, y el cueztor Degousée llegaron precipitadamente. El general Changarnier, enviado á llamar, se excusó diciendo que se hallaba retenido en el Elíseo, y se contentó con enviar á las once una carta al presidente por uno de sus ayudantes: aquella carta, de una concisión algo militar, se limitaba á dar á conocer que las intenciones sediciosas atribuidas con razón ó sin ella á la guardia móvil habían hecho necesaria la medida de poner sobre las armas á la guarnición de París y ocupar las inmediaciones de la Asamblea.

Temióse un momento que aquel incidente originase un conflicto parlamentario. Afortunadamente Odilón Barrot procuró calmar las desconfianzas: vió al presidente de la Asamblea, le confirmó el aviso dado durante la noche, explicó los términos de la carta de Changarnier atribuyendo su poca deferencia á las circunstancias del momento, y le ofreció poner á las órdenes de un general á su gusto las fuerzas replegadas en torno del Palacio Borbón. Celoso de sus prerrogativas, Marrast designó al general Lebreton. Abierta la sesión, Barrot renovó las mismas declaraciones, en aquel tono conciliador y digno que tan bien le sentaba y con aquel acento de lealtad que apartaba todo recelo.

La Asamblea escuchó al presidente del Consejo, si no con gran favor, al menos sin marcada displicencia. Desechóse una petición encaminada á abrir una información, y la relativa á la acusación pedida dos días antes por Ledru-Rollín no prosperó. La extrema izquierda fué la única que persistió en decir que el gobierno había querido provocar un motín, y repitió hasta la saciedad, en las sesiones siguientes, que el 29 de enero se había organizado un verdadero complot contra la República. El gobierno, por su parte, no se cansó de decir que había desbaratado un complot contra la sociedad. De una y otra parte, en este lenguaje había exageración. El gobierno no había organizado ningún complot: Luis Bonaparte aún no conspiraba: su autoridad era demasiado reciente, y sus consejeros demasiado respetuosos de la legalidad; la Asamblea estaba condenada á una disolución próxima, de modo que era superfluo precipitar su fin por la violencia; y si hubiese habido conspiración contra la República, hubiera sido extraordinario que el poder, cuando no encontraba ninguna resistencia, se detuviese de grado en medio de sus designios. Si no había complot urdido en el Elíseo, nada permitía tampoco afirmar con certeza que se hubiese tramado uno en el partido demagógico: todo complot supone un concierto, un proyecto premeditado y actos de ejecución; y por graves que fuesen los manejos de la *Solidaridad republicana*, sería excesivo atribuirles aquel carácter: ni los informes de la policía, ni las instrucciones

judiciales proporcionaron sobre el particular ningún dato seguro (1). El único punto cierto es que reinaba entonces en París y en ciertos departamentos una viva efervescencia; y esta efervescencia podía, de un día á otro, transformarse en una insurrección. El gobierno estaba, pues, en el deber de tomar medidas preventivas para sofocar el mal en su origen. Las tomó con energía é hizo bien.

En medio de aquellos acalorados debates vino á discutirse la proposición Rateau. Desde el voto de la toma en consideración, el movimiento de opinión aún se había acentuado: las peticiones alcanzaban el número de doscientas cincuenta mil firmas. Era, pues, de esperar que la débil mayoría obtenida en el primer voto, subsistiría aumentada y fortalecida. Pero muchos representantes reprochaban á Rateau que fijase una fecha determinada para la separación de la Asamblea y que prescindiese de la dignidad del Parlamento notificándole de antemano la época de su despido. Lanjuinais presentó una enmienda destinada á satisfacer el amor propio más exigente. Dicha enmienda consignaba que la Asamblea, manteniendo en su orden del día la ley sobre el consejo de Estado y la ley sobre la responsabilidad del presidente y de los ministros, no añadiría más que la ley electoral; que una vez votada esta última, se procedería á la confección del censo, y que las elecciones se verificarían el primer domingo después del cierre de las listas electorales. A esta orden del día así acordada se añadió, á propuesta de un representante, el voto de los presupuestos. Después de lo cual fué aprobada la totalidad de la ley.

Era á mediados de febrero. Hacía dos meses que funcionaba el gobierno del presidente. Este gobierno había obtenido dos triunfos: había intimidado á las facciones con el aparato de fuerza del 29 de enero, y como no podía vivir en armonía con la Asamblea, la había conducido á fijar por sí misma el término de su mandato. Pero los cuidados de los gobiernos son múltiples. En aquel momento la política extranjera reclamaba, tanto ó más que los asuntos interiores, la solicitud del príncipe y de sus consejeros. Italia, tan agitada desde hacía un año, llamaba más que nunca la atención de Europa y no podía dejar á Francia indiferente. Las vicisitudes de aquel país estuvieron tan íntimamente ligadas con nuestros propios destinos, que conviene referirlos en detalle. A ellos dedicaremos todo el libro siguiente.

(1) A consecuencia de los acontecimientos de 29 de enero persiguióse judicialmente á los fundadores de la *Solidaridad republicana*, bajo la triple prevención: 1.º, de complot con el objeto de derribar al gobierno; 2.º, de afiliación á una sociedad secreta; 3.º, de asistencia á reuniones políticas no públicas y no autorizadas. El 15 de septiembre de 1849, la sala del consejo del Tribunal del Sena pronunció un fallo de no ha lugar respecto á la inculpación de complots y no mantuvo más que los otros dos extremos de la acusación.

## LIBRO DUODÉCIMO

### LOS ASUNTOS DE ITALIA

- SUMARIO: I.—Italia bajo la dominación austriaca; antipatía de razas; Italia y Francia; por qué razones Francia se acostumbra á considerar á Italia como cliente suya.—Conspiraciones y complots.—Formación de un partido liberal y nacional; Gioberti, Césari Balbo y d'Azeglio; el rey Carlos Alberto: su carácter; qué clase de apoyo presta al partido liberal.
- II (*Extractado del texto de La Gorce*).—Muerte de Gregorio XVI; elección de Pío IX; popularidad inaudita del nuevo papa; espec-táculo que presenta la ciudad de Roma á fines de 1846; reformas realizadas ó proyectadas por la Santa Sede; breve momento en que la causa liberal y moderada parece triunfar en Italia.—Sentimientos de Francia; Rossi; aprobación mezclada con temores para el porvenir.—Sentimientos de Austria; Metternich; su despacho en presencia del movimiento liberal; sus despachos; amargura de sus juicios.—Las previsiones de Metternich se justifican; primeros síntomas revolucionarios; incidentes que complican la situación: ocupación de Ferrara por las tropas austriacas; agitación en los Estados sardos y en Toscana; Mazzini; lord Minto.—Apertura de la Consulta de Estado (15 de noviembre de 1847); alteración cada vez más grande en el espíritu público en Roma.—Revolución en Sicilia; constituciones promulgadas en Nápoles, Florencia y Turín.—Actitud de Austria á principios de 1848; sus temores por sus posesiones italianas; irritación y estupor de Metternich.—Actitud del gabinete francés; teme el triunfo del espíritu revolucionario; lenguaje de Guizot en la discusión del mensaje; tropas concentradas en Port-Vendres y en Tolón con la mira de una intervención francesa.
- III (*Extractado del texto de La Gorce*).—Revolución en Viena; sublevación de la Lombardía y de Venecia.—Incertidumbre de Carlos Alberto; éste se decide á hacer la guerra al Austria; levantamiento general en Italia.—Carlos Alberto rehusa el auxilio de Francia; despachos de Bixio y Lamartine; el gabinete francés persiste en ofrecer su concurso.—Los peligros de Austria aumentan la jactancia italiana; sublevación en el corazón del Imperio; Austria se decide á solicitar una mediación; Hummelauer en Londres; resultado de esta negociación.—La fortuna del Imperio, un instante desesperada, se rehace; encíclica del papa; el rey de Nápoles llama á sus tropas; intervención francesa cada vez menos probable; mezcla de éxitos y fracasos; victoria de Radetzky; retirada del ejército piomontés hacia Milán.—El Piomonte se decide entonces á reclamar el auxilio de Francia; Ricci y Guerrieri en París; el gabinete francés desalentado niega su intervención armada y propone su mediación.—Capitulación de Milán; armisticio Salasco.—Por qué razones la mediación francesa está destinada á ser ineficaz; el Austria victoriosa no se presta á ella; el Piomonte vencido sólo se presta á medias; Francia no disimula que no apoyará sus negociaciones con las armas; lenguaje de Cavaignac; despachos de Bastide.—Situación de Austria y del Piomonte á fines de 1848; estado que no es ni la paz ni la guerra; todas las miradas se dirigen hacia Roma.
- IV.—Roma en 1848; encíclica del 29 de abril; Mamiani; su encubramiento y su caída; anarquía.—Pío IX reclama el auxilio de Francia; esta súplica es desatendida.—Llamamiento hecho por el Pontífice á Rossi; situación de este personaje; sus vacilaciones. Consiente en formar un ministerio (16 de septiembre).—Administración de Rossi; dificultades de toda clase; sus medidas en el orden político, financiero, militar, administrativo y económico; proyecto de liga italiana.—Apertura del Parlamento fijada para el 15 de noviembre; temores y presentimientos; Rossi es asesinado en las gradas del palacio de la Cancillería; escenas vergonzosas; motín del 16 de noviembre; el Padre Santo cede á la violencia.
- V.—Emoción causada en Francia por los sucesos de Roma; medidas tomadas por la República francesa para proteger á la *persona del Papa*; el Papa en Gaeta.—Estando el Papa en seguridad, se trata de saber si se interpondrá para reponerlo en sus Estados; obstáculos que encuentra la política de intervención; disposiciones del presidente, de los ministros y de la Asamblea.—Anarquía en Roma; crisis sucesivas; establecimiento de la República romana.—Proyecto de intervención con las armas piomontesas; Gioberti; sus designios; su plan es desechado en Italia y acogido por Bonaparte; caída de Gioberti.—Situación de Roma; medidas vejatorias; predominio del elemento italiano y cosmopolita.—El Padre Santo en Gaeta; su llamamiento á las potencias; disposiciones favorables de España, Nápoles y Austria. El gobierno francés teme que se le adelante Austria; lenguaje de los diplomáticos franceses; la política de intervención gana terreno.
- VI.—Vuelven á romperse las hostilidades entre el Piomonte y el Austria.—Derrota de los piomonteses en Novara.—Emoción que este suceso produce en Francia; lenguaje belicoso en el Elíseo, en la comisión de negocios extranjeros y en la Asamblea nacional; prudentes consejos de Thiers; orden del día votada por la Asamblea. La moderación de Austria quita todo pretexto á la guerra.—De qué manera el gabinete francés, á fin de evitar una intervención del Austria victoriosa, se decide á intervenir en los Estados romanos.
- VII.—Crédito de un millón doscientos mil francos pedido á la Asamblea para el sostenimiento del *cuerpo expedicionario del Mediterráneo*. Nombramiento de la comisión; equívoco sobre el carácter y el fin de la expedición.—Informe de Julio Favre; debates; votación del crédito.—El equívoco subsiste; explicaciones más categóricas hubieran podido dividir á la mayoría.—Nuestros representantes en Gaeta; anuncian la intervención próxima; efectos de esta declaración.
- VIII (*Extractado del texto de La Gorce*).—El cuerpo expedicionario; su efectivo; el general Oudinot; no se cree que los romanos resistan; de ahí la debilidad numérica de las tropas, la ausencia de material de guerra y la insuficiencia de la artillería y del cuerpo de ingenieros.—Salida para Civita-Vecchia; envío de parlamentarios; las autoridades de Civita-Vecchia se deciden á recibir á las tropas francesas.—El general Oudinot desembarca; su conducta ambigua; su proclama; sus medidas.—Roma, último refugio de la demagogia; triunvirato; influencia creciente de Mazzini; noticia de la llegada de las tropas francesas; acuérdase la resistencia.—El coronel Leblanc es enviado á Roma; entrevista con los triunviros; la hostilidad contra Francia se acentúa.—El general Oudinot en Civita-Vecchia; sus informaciones; espera una reacción en Roma.—Su marcha ofensiva; combate del 30 de abril; derrota de las tropas francesas.
- IX.—Vivísima impresión causada en Francia por el ataque infructuoso de Roma; causas diversas que aumentan esta impresión; debates parlamentarios; Julio Favre, Barrot, Sénard; voto de censura contra el gabinete.—El ministerio no se retira; se acuerda negociar y contemporizar hasta la convocatoria de la nueva Asamblea.